

La vigencia de Keynes

John Maynard Keynes fue “enterrado” científicamente por los sepultureros del nuevo *mainstream* económico a fines de los años 1970: el mismo que sigue dominando hoy determinadas cátedras universitarias de Economía y gabinetes de estudio de importantes instituciones económicas. El pretendido fracaso de la curva de Philips ponía grandes paladas de tierra sobre las ideas del gran economista de Cambridge. Este fue el detonante, el inicio de la regulación neoliberal. El nuevo oráculo era Chicago, y los sumo-sacerdotes los catedráticos de esa universidad, dirigidos por Milton Friedman. Algunas de sus recetas se aplicaron sin recato en las dictaduras chilena y argentina, con resultados sociales demoledores. El Estado ya no servía para la economía; el individuo se priorizaba sobre la colectividad; las flexibilidades y las des-regulaciones eran los nuevos ejes litúrgicos para los economistas. En síntesis, de nuevo el mercado, si bien curiosamente el gasto público —no el social— siguió siendo relevante, como lo demuestran las evoluciones de los presupuestos de Estados Unidos desde la llegada de Ronald Reagan al poder. Parece ser que Friederich Hayek no estaba muy cómodo con la utilización de sus tesis en el ropaje ideológico de Reagan (Estados Unidos) y Thatcher (Gran Bretaña), toda vez que ambos líderes acrecentaron los déficits públicos en sus respectivas Administraciones. Es decir, el Estado seguía interviniendo mucho en la economía, principalmente en todo el sistema económico militar —recuérdese, por ejemplo, el programa conocido como “guerra de las galaxias”—, a la par que recortaba gasto social y reducía la presión fiscal a las rentas altas, siguiendo los preceptos de la curva de Laffer.

Sin embargo, cuando esas pócimas pretendidamente milagrosas fracasaron, se recuperó de nuevo, de forma solapada, escurridiza, pero real, el ideario de Keynes. Esto sucedió a fines de 2008, cuando parecía que el capitalismo se desmoronaba, se hablaba de refundarlo e, incluso, se indicaba que podían saltarse las barreras de constricción de los déficits

públicos: todo en aras de preservar la economía. Robert Skidelsky antepuso a esa histeria colectiva una frase lacónica: “el retorno del Maestro”. La vuelta de John Maynard. En éstas estamos otra vez: el luteranismo económico sólo parece funcionar —y con severos matices— en Alemania y Austria; mientras las medidas que infieren los diferentes “austericidios” desplegados no han hecho más que agravar la salud de las economías, con resultados elocuentes: incremento del paro, caída de los precios, retroceso de la demanda agregada y, como corolario letal, aumento de la desigualdad. Ello es particularmente sangrante en los países periféricos europeos.

Keynes sigue vigente, a pesar de las críticas que puedan formularse hacia su obra, y de la obstinación que muchos tienen en dejar sus ideas sepultadas bajo el olvido. La economía de la depresión fue el marco central del trabajo de Keynes: nadie como él —con quizás las excepciones de Arthur Pigou, Michael Kalecki y, desde otros postulados de perfil neoricardiano, Piero Sraffa— supo ver las posibilidades de las economías públicas en escenarios de graves crisis económicas, cuando precios y demandas se contraen y se van generando sobreacumulaciones de capitales que se drenan hacia la esfera financiera. La teoría del multiplicador, cuya paternidad primigenia es de Richard Khan, fue divulgada por Keynes y ha resultado un factor crucial para el avance de la macroeconomía. De hecho, agentes económicos y sociales, junto a instituciones económicas y mediáticas, suelen reclamar que los gobiernos inviertan para reactivar la anemia económica, cuando ésta se halla sin apenas resuello.

Ahora bien, ¿qué hacer en Europa ante el dominio avasallador del *mainstream* económico, de la doctrina a ultranza de la austeridad expansiva? Cabe decir que, en síntesis, Europa mantiene columnas vertebrales clave en el Estado del Bienestar, a pesar de los recortes realizados. De hecho, el gasto social público sigue siendo elevado, en contraste por ejemplo con Estados Unidos, si bien existen

diferencias notables en tal sentido. En paralelo, la austeridad impone nuevos ajustes. Otro paquete de recortes sociales se avecina, para el caso español: del orden de 5.500 millones de euros.

En efecto, los mercados y, sobre todo, la ortodoxia alemana, están planteando retoques estrictos en las políticas públicas españolas, con un claro escenario: la rebaja de las prestaciones sociales, en particular en sanidad y en educación. Nuestra com-

Los datos económicos demuestran que es posible, y necesario, mantener una política de corte keynesiano en Europa en beneficio de sus ciudadanos y como única posibilidad de salir del pozo de la crisis económica.

petitividad, se nos dice, depende de que aportemos menos servicios públicos a nuestros ciudadanos. La ecuación es ininteligible. Resulta difícil entender que para congraciarnos con los mercados —y con la Cancillería germánica— debamos infra-dotar prestaciones sociales que, en el caso de España, tienen trayectorias todavía muy cortas. Mucha munición ideológica, que no se aviene con datos objetivos.

Las estadísticas de gasto público sobre PIB en un período dilatado de tiempo (1970-2010), provenientes de la OCDE, indican que España ha realizado avances notorios. Entre 1970-1975, en los estertores del franquismo, el gasto público sobre PIB era del 20 por ciento, mientras la media de la OCDE se situaba en poco más del 33 por ciento y en la Unión Europea de los quince (UE15) era del 40 por ciento. Los guarismos españoles han ido creciendo, particularmente, desde la articulación autonómica: a partir de 1980-1984, el gasto público sobre PIB avanzó desde el 33 por ciento hasta llegar al 47 por ciento en 2010; casi tres puntos por encima de la media de la OCDE, y dos por debajo de la correspondiente a la UE15. En 2010, ese indicador en otros países de nuestro entorno es como sigue: casi el 49 por ciento en Alemania, 55 por ciento en Francia, 53 por ciento en Gran Bretaña y 51 por ciento en Italia. España, por tanto, todavía se encuentra por debajo de las principales naciones europeas en cuanto al esfuerzo inversor en gasto público sobre PIB. La desagregación de los

datos son, a su vez, ilustrativos. Entre 1970 y 2010, la inversión española en sanidad es el 4,35 por ciento sobre PIB (Alemania: 5,44; Francia: 5; Gran Bretaña: 5,84; Italia: 5,73; media de la UE15: 5,32), el 3,31 por ciento en educación (entre el 4 y el 6 por ciento en los países anteriormente citados; la media de la UE15 es 5,18) y el 12,37 por ciento en protección social (entre el 16 y el 18 por ciento en dichas naciones; la media de la UE15 es del 17,3).

Estos simples cálculos demuestran que los recortes que se pueden exigir a España, sin matiz alguno, redundarán en un mayor retraso en relación a los países centrales de la Unión Europea, habida cuenta que éstos tienen márgenes de maniobra mucho más amplios, que se derivan de los porcentajes expuestos. La idea keynesiana de persistencia del

gasto público como efecto multiplicador está, pues, más enraizada en los países centroeuropeos que en los del sur, con España como ejemplo.

La estrategia única de la austeridad no va a corregir todos los desequilibrios que ya se están produciendo con esas políticas. La cuentas públicas deben sanearse, no cabe duda; y urge explorar de forma convincente mayores grados de eficiencia en las Administraciones Públicas. Pero todo eso no puede hacerse con un calendario tan rígido, tan poco sometido a la realidad del ciclo económico, como si éste no existiera. Esta percepción está calando incluso en palestras significativas del liberalismo económico. Una muestra: *The Economist*, nada sospechoso de postulados socialdemócratas, se hacía eco, a principios de abril de 2013, advirtiendo que los "duros presupuestos" (sic) marcan objetivos inalcanzables en la resolución del déficit público, si no se activan políticas de estímulo del crecimiento económico. El daño será menor —se decía—, "si se aplica una mayor flexibilidad, más inversiones y una obsesión más baja por la aritmética del déficit". El FMI, enfrascado en sus vericuetos contradictorios, ha indicado que las políticas económicas tan ortodoxas van a conducir a una ralentización del crecimiento (si bien insiste en su aplicación), de forma que las expectativas del Fondo se han hecho más pesimistas: España, se dice, no alcanzará el 3 por ciento de déficit público hasta el año 2018.¹

¹ Fondo Monetario Internacional, *World Economic Outlook. Transitions and Tensions*, octubre de 2013.



Los datos expuestos demuestran que es posible mantener una política de corte keynesiano en Europa, y que hay países que tienen todavía margen de actuación para implementar su gasto social público en beneficio de sus ciudadanos, si la Unión Europea cambia unas reglas que nunca debieron ser entendidas como las tablas bíblicas de la Ley.

En tal contexto, la socialdemocracia tiene capacidad teórica –y ejemplos prácticos, bien tangibles– para imponer tales políticas socioeconómicas. El problema central de esta socialdemocracia no es que no tenga idearios, políticas construidas o experiencias de gestión; es que se ha llegado a creer la doctrina del *mainstream*, el dominio ciego de los mercados y la relegación del Estado en sus funciones clave de regulación.

De ahí que, a nuestro entender, la vigencia de Keynes sea total, independientemente de que se puedan construir modelos alternativos de crecimiento económico o de desarrollo humano, bajo preceptos alternativos y heterodoxos. Los trabajos que se recogen en este número de *Temas* son una muestra ilustrativa. Hoy en día, ser keynesiano se asimila a la heterodoxia para el *mainstream*,

habida cuenta que, en la realidad pura y dura de la política económica, los preceptos que emanan de la *Teoría General* fueron los que sustentaron el período más dinámico e igualitario de la historia económica contemporánea.

Algunos ven la obra del economista de Cambridge de reojo, para no mirarla de frente y darle la credibilidad que se merece; otros siguen con su cruzada anti-keynesiana, otorgando al Estado la fuente de todos los males en la economía. Y si se analizan con detenimiento los mensajes que van saliendo por boca de importantes voceros de la economía mundial, se advierten guiños inequívocos a las otrora malditas políticas keynesianas. Y puede existir alguna secreta tentación para que los profetas del equilibrio vean en aligerar las duras reglas neoliberales la única posibilidad de salir del pozo de la crisis económica. Keynes, redivivo: con sordinas, con críticas, con matices. Pero el Maestro puede regresar de nuevo a las aulas y a las palestras, de donde no debió salir nunca. Estas páginas tratan de rendir un modesto homenaje en el setenta aniversario de su fallecimiento.

TEMAS